

Odette, Gilberte, Albertine o el infierno de los celos

Marcelo Fraga
Educación Secundaria

Resumen

El presente trabajo es una aproximación a la obra magna de Marcel Proust, teniendo en cuenta que en 2013 se cumplen cien años de la publicación del primero de los tomos de su ciclo novelesco “À la recherche du temps perdu”: “Du côté de chez Swann”. Paralelamente, obedece a la impresión de que se trata de un autor poco leído, sobre todo en el ámbito de la Educación Secundaria de nuestro país. Uno de los objetivos de este aporte consiste en ofrecer una línea temática que se configure como una posible lectura -una de tantas- de la obra del insigne narrador francés, articulándola con la consideración de un infierno ya no ubicado en un trasmundo distante, sino en un más acá real -si se permite la expresión-, un mundo doloroso, por sustancial y tangible.

El amor es uno de los tópicos recurrentes de la narrativa de Proust. Su tratamiento del referido tema adquiere matices eminentemente personales con la consideración -a primera vista paradójica- según la cual el mencionado sentimiento se presenta como una proyección subjetiva, no causado por la persona amada sino por la persona que ama.

Al mismo tiempo, dicha concepción lo lleva a encarar esa contracara del amor -¿ingrediente esencial, complemento contradictorio?-. la existencia de los celos, vinculados, fundamentalmente, con el deseo de posesión -a partir de la convicción del autor según la cual nada, en definitiva, se posee-.

En suma, este trabajo indaga -mediante la comparación dentro del corpus proustiano de las peripecias vividas por cinco personajes- al respecto del progresivo deterioro del sentimiento amoroso, acerca de la paulatina degradación del horizonte de expectativa inicial que supone todo acto de amar.

Palabras-clave: Proust, infierno, celos.

Introducción

“Como todas las grandes creaciones del hombre, el amor es doble: es la suprema ventura y la desdicha suprema.”
Octavio Paz, 1994:210

Del interés de Marcel Proust por la tematización del amor y de los celos dan cuenta no solamente la frecuencia con que los presenta en el corpus narrativo de “En busca del tiempo perdido” sino, también, la publicación de “Celos”, “novela inédita y completa” de 1921 que según Mauro Armiño constituye

“una pequeña fisura por la que el lector penetra en el mundo de ‘A la busca del tiempo perdido’, de sus personajes y de los temas clave: amor, celos, deseo, inquietud, angustia.” (2010:8)

Esa arista filosa del amor, “su secreción venenosa, su perla fatal: los celos”, como expresa Octavio Paz (1994:58), convierte la vida de ciertos personajes proustianos en un verdadero infierno ubicado en un más acá concreto. Ya no se trata de una topografía del trasmundo sino de un estado mental, de una condición en la que se encuentra la conciencia de un ser en este mundo real. En el presente trabajo consideraremos la celotipia -comúnmente ‘celos’- llevada al extremo, cuando puede convertirse en una enfermedad eminentemente autodestructiva.

Metodológicamente, procuraremos mostrar una serie de analogías textuales a partir del estudio comparativo de tres casos ubicados específicamente en la intratextualidad proustiana-. Confrontaremos los segmentos seleccionados para percibir dichas analogías y, a partir de allí, presentar la visión explicitada por Proust del amor y de los celos como generadores de un conjunto de circunstancias vitales que adquieren connotaciones infernales.

Aspiramos a realizar un estudio comparatista según lo entiende García Gual, como “más un método de enfocar lo literario y una actividad que un conjunto bien esquematizado de reglas” (1995:7). Asimismo, coincidimos con Steiner en su consideración de la literatura comparada “como un modo de sentir, ya que todo el mundo lee comparando.” (2011:158), del mismo modo que enfocaremos la intertextualidad de acuerdo con Maingueneau, como “una propiedad constitutiva de todo texto, como el conjunto de relaciones explícitas e implícitas que un texto mantiene con otros textos.” (1999:64)

Odette: la negación en plena llama

Charles Swann puede ser considerado un paradigma universal de los avatares de la

experiencia amorosa -indisoluble, en el mundo proustiano, del sufrimiento, de la mentira y de los celos-.

Swann conoce a Odette de Crécy a través de la mediación celestinesca del clan, del “cogollito” de los Verdurin. El elegante burgués, el hombre vinculado con la alta nobleza de Francia, el asiduo asistente al Jockey Club, el refinado coleccionista de obras de arte, en fin, comienza a relacionarse con Odette, considerada por muchos una “cocotte” o, en términos medianamente elegantes, una mujer de mundo. Estas nacientes relaciones despiertan la extrañeza de algunos personajes, quienes no comprenden que Swann vea a Odette con otros ojos -en realidad, la interpreta a su modo y proyecta sobre ella su mundo interior-.

El amor pasa a consistir en la creación de una persona distinta de la que se muestra a todos. Swann va construyendo una Odette diferente de la que los demás conocen o creen conocer. Para él no se trata de alguien a quien la mayoría considera una “entretendida”, sino de una mujer generosa, ajena a las leyendas que se tejen sobre ella. En este sentido resultan pertinentes las apreciaciones de Fontaine, cuando expresa que en la visión que Proust tiene del amor éste aparece

“como una proyección subjetiva. (...) Proust no ve el amor como causado por la persona amada, ve el amor como causado por la persona que ama. (...) Para él el amor es una proyección subjetiva que impregna al objeto amoroso de tonalidades que no le pertenecen a él sino a quien ama y a la imaginación de quien ama.”

Con la frecuentación de Odette nacen en Swann, junto con el amor, los deseos de exclusividad y de posesión. El ritual de “hacer catleyas”, que tan bien recreara José Donoso en “El tiempo perdido”, en clave chilénísima y con un humor a toda prueba, esa ceremonia que comienza por ser sencillamente una manera de acomodar las flores que Odette lleva sobre su pecho, se transforma, según Proust, en una especie de metáfora

“convertida en sencilla frase, que empleaban inconscientemente para significar la posesión física -en la cual posesión, por cierto, no se posee nada-” (1947:177), episodio a propósito del cual indica Paz que

“cuando Swann y Odette hablaban de ‘faire catleya’ (...) la palabra talismán ‘catleya’ tenía un sentido para Odette y otro para Swann: para ella designaba cierto placer erótico con cierta persona y para él era el nombre de un sentimiento terrible y doloroso: el amor que sentía por Odette.” (1994:13)

Con el paso del tiempo y catleyas aparte, Odette comienza a mostrar cierto perfil que se acerca dolorosamente a lo que ciertos personajes dicen de ella: empieza a volverse esquiva con

respecto a Swann, a faltar a ciertos compromisos, a sustituirlo en beneficio de otros acompañantes -Charlus, Forcheville-. Este panorama poco halagüeño motiva las sospechas de Swann. El amor ha cambiado de signo y pasa a convertirse en una fuente inagotable de tormentos, de manera tal que el personaje acaba por preguntarse:

“¿Por qué misterioso escotillón, abierto de repente a sus pies, cayó él (que antes sólo sacaba del amor de Odette delicados placeres) en ese nuevo círculo infernal cuya salida no veía por parte alguna?” (1947:268)

Dice una suerte de aforismo contemporáneo, tristemente cínico, que aquel que comete un acto de infidelidad ha de negarlo siempre, aunque se encuentre ardiendo en plena llama. Es lo que hace Odette, como respuesta a un deseo de auto-preservación y para evitar perder todas las regalías que su relación con Swann le promete, con lo que consigue aumentar el desasosiego y el sufrimiento de quien será, con el andar del tiempo, su esposo y el padre de Gilberte.

La memoria de Swann, el hecho de recordar las palabras que Odette le ha dicho y de intentar sorprenderla en flagrantes contradicciones, se vuelve contra él. Los hechos del pasado cercano muestran su rostro diabólico, más allá de las aparentes confesiones de la mujer, con las que busca justificar lo que a todas luces parece injustificable:

“aquellas confesiones que Odette hacía de las cosas que se figuraba descubiertas por su querido, más que dar remate a las dudas viejas, servían de punto de partida a nuevas sospechas. Porque las confesiones nunca guardan proporción con las dudas. (...) Y se le iba envenenando el alma.” (1947:270)

Con respecto al amor y a los celos, reflexiona y ejemplifica el narrador, con esa tendencia recurrente en Proust a extraer verdades o leyes de naturaleza universal a partir de ciertos casos particulares -lo que llevó a que Barthes (citado por Barnabé, 2007:74) definiera “la Recherche como un texto que no llega a ser ‘ni ensayo ni novela’, y que sólo cabe definir como ‘tierce forme’”-:

“(…) lo que nosotros llamamos nuestro amor y nuestros celos no son en realidad una pasión continua e indivisible. Se componen de una infinidad de amores sucesivos y de celos distintos, efímeros todos, pero que por ser muchos e ininterrumpidos, dan una impresión de continuidad y una ilusión de cosa única.” (1947:271)

Swann llega a considerar que la única manera de liberarse de la angustia causada por ese amor desdichado -para Proust todo amor es, en definitiva, desdichado-, será la muerte de la mujer amada, aunque el narrador acota, anticipando en cierto modo la futura desaparición de Albertine:

“la muerte, (...) como más tarde mostrará en este libro una cruel contraprueba, en nada mitiga el dolor de los celos.” (1947:380)

Amor y dolor marchan por el mundo proustiano tomados de la mano indisolublemente, hasta que llegamos al célebre final de “Un amor de Swann”, donde se consigna lo que el personaje, ganado ya en forma irremediable por el desencanto, se confiesa:

“¡Cada vez que pienso que he malgastado los mejores años de mi vida, que he deseado la muerte y he sentido el amor más grande de mi existencia, todo por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo!” (1947:278),

pasaje al que se refiere Maurois, poniendo al descubierto una de las grandes paradojas del amor:

“Swann desposa a una Odette salida de sus sueños y se encuentra en presencia de una Odette a quien ya no ama” (1977: XVI; la traducción es mía),

con lo que termina justificando lo dicho por el narrador en “A la sombra de las muchachas en flor”, cuando expresa melancólicamente:

“Nuestros anhelos van enredándose unos con otros, y en esa confusión de la vida es muy raro que una felicidad venga a posarse justamente encima del deseo que la llamaba.” (1947:354)

En este punto, entra en juego en la vida de los personajes un factor que incide de manera determinante en las relaciones humanas, al que Proust concede capital importancia: la Costumbre. Swann se va acostumbrando a la vida que lleva; la curiosidad sobre si Odette le es infiel o no va desapareciendo. Una vez casado con ella, luego del nacimiento de Gilberte, su vida transitará por carriles menos tormentosos, hasta que todo termine con la muerte de Swann.

Gilberte: la máscara y el rostro

La primera visión de Gilberte se produce en uno de los dos senderos simbólicos de “Por el camino de Swann”: el de Mésèglise, donde está ubicada Tansonville, la finca de los Swann. De ese primer encuentro resulta memorable el impacto visual que la jovencita causa en un personaje -Marcel- que transita desde su infancia hacia la adolescencia. En palabras del narrador-protagonista

“la miré con esa mirada que es algo más que el verbo de los ojos, (...) mirada que querría tocar, capturar, llevarse el cuerpo que está mirando, y con él el alma; (...) la miré con una mirada inconscientemente suplicante, que aspiraba a obligarla a que se fijara en mí, a que me conociera.” (1947:111)

En el segmento citado se evidencia el afán del protagonista de instalarse en la conciencia de

quien será, si queremos, su primer amor -punto, naturalmente, discutible-, a la par que se manifiesta ese naciente deseo de posesión que llegará a extremos exacerbados en su relación con Albertine.

De Gilberte, no obstante, la memoria del narrador preservará -más allá de su primera visión- su gesto de rechazo, de irreverencia y de desprecio, cuando leemos que la joven

“se volvió, y con aspecto de indiferencia y desdén, se puso de lado, (...) dejó que su mirada se escapara hacia donde yo estaba (...) como si no me viera, pero con una fijeza y una sonrisa disimulada, que yo no pude interpretar, (...) más que como prueba de un humillante desprecio” (ídem),

aunque, desde luego, el peso del fragmento bien pudiera recaer en el término “interpretar”: quizá solamente se trate de la mirada subjetiva del narrador, porque si leemos más adelante este mismo episodio será recordado -y, por lo tanto, recreado- en “A la sombra de las muchachas en flor” de manera sustancialmente diferente:

“Yo saltaba de alegría en aquella casa donde Gilberta (...) entraría un momento después para darme durante horas y horas sus palabras, su mirar sonriente y atento, tal como yo los vi por primera vez en Combray.” (1947:383)

¿Desconcierto de la memoria, motivado por el deseo? ¿Imprecisión de los recuerdos, producto del tiempo transcurrido? De todos modos, el amor, que nace inmediatamente y será desde el principio un anhelo angustioso de posesión del otro -quien se mantiene en una inaccesibilidad hermética-, se volverá más adelante verdadero tormento, impulsado por los celos y por cierta dureza de sentimientos de la joven -lo que se confirmará en “Albertina ha desaparecido”, cuando muerto Swann ella acceda a cambiarse el apellido paterno por el de Forcheville, el nuevo esposo de Odette-.

No es obra de la casualidad que, en otro segmento textual, el protagonista destaque el parecido de Gilberte con Swann y, sobre todo, con Odette, semejanza que comienza a partir de ciertos rasgos físicos y que terminará vinculándose con el aspecto moral, cuando se nos dice que

“si se le preguntaba qué es lo que había estado haciendo, veíase en idénticos ojos aquel malestar, disimulo, incertidumbre y tristeza que eran antaño los de Odette siempre que le preguntaba Swann adónde había ido y ella le daba una contestación mentirosa, que, cuando amante, lo desesperaba y, cuando marido, le hacía cambiar de conversación.” (1947:409)

Las relaciones del narrador con la joven alcanzan su clímax cuando le son franqueadas las puertas de la lujosa mansión de los Swann en París, pero duran muy poco en su estadio de felicidad

inicial porque Gilberte comienza a aburrirse de él. Fiel a su estilo frecuentemente digresivo, Proust hace decir al protagonista que

“sucede con las mujeres que no nos quieren como con los seres ‘desaparecidos’:
que aunque se sepa que no queda ninguna esperanza, siempre se sigue esperando”
(1947:428),

con lo que el personaje-narrador queda penosamente ubicado en una situación de franca vulnerabilidad, a merced de los caprichos de una Gilberte cada vez más esquiva, más allá de que, haciendo uso de las famosas analogías tan caras a Proust, el protagonista exprese entre melancólica y trágicamente:

“Todo soldado está convencido de que tiene por delante un espacio de tiempo infinitamente prorrogable antes de que lo maten; el ladrón, antes de que lo aprehendan; el hombre, en general, antes de que lo arrebate la muerte.”
(1947:441)

Sin noticias de Gilberte, se hace sentir en toda su dimensión el peso del tiempo, según nos dice el personaje:

“El tiempo libre de que disponemos cada día es elástico: las pasiones que sentimos lo dilatan, las que inspiramos lo acortan y el hábito lo llena.” (1947:443)

El golpe de gracia -de desgracia- llega cuando el narrador observa, abrumado por el desconcierto, la partida de Gilberte del brazo de otro joven, lo que genera expresiones como las siguientes, en las que se muestra en buena medida el pesimismo de Proust:

“se me escapó la alegría. Aunque parece que siempre debe escapársenos. Pero no suele ocurrir que se nos vaya la misma noche en que nos hicimos el medio de conquistarla. (...) La felicidad es cosa irrealizable. (...) El fenómeno de la dicha, o no se produce o da lugar a amarguísimas reacciones.” (1947:452)

A pesar de lo anotado, es también una ley proustiana que los seres humanos experimentemos lo que el autor denominaba “intermitencias del corazón” -por razones de espacio y de enfoque no podemos detenernos en este importante aspecto, íntimamente vinculado con el transcurso del tiempo, considerado tanto desde una óptica cuantitativa como cualitativa o, si preferimos, desde las nociones de *kronos* y de *kairós*-: así alcanzamos a comprender que el joven narrador va sintiendo, con el paso de los días, cómo el dolor, los celos, el desasosiego, en fin, van cediendo terreno a una especie de serena indiferencia, fundamentalmente a partir del momento en que viaja a Balbec, lugar de nacimiento de otro de sus múltiples amores.

Más adelante, cuando sea un adulto -joven aún en “Albertina ha desaparecido” y ya maduro en “El tiempo recobrado”-, se reencontrará con Gilberte, primero como “señorita de Forcheville” y, posteriormente, como “señora de Saint-Loup”, pero la Costumbre una vez establecida tiempo atrás ya no podrá ser removida.

Albertine: las sospechas (in)fundadas

Marcel conoce a la joven como integrante de la “bandada de muchachas” tan bellamente descrita en “A la sombra de las muchachas en flor” (1947:569). Según Proust, el enamoramiento es plural: es muy difícil -por no decir imposible- que nos enamoremos de una sola persona. Como manifiesta el narrador con referencia al grupo integrado por Albertine,

“con estar enamorado de todas no estaba enamorado de ninguna, y, sin embargo, el encuentro posible con ellas era el único elemento delicioso de mis días.”
(1947:601)

Albertine comenzará a diferenciarse del grupo de muchachas a partir del encuentro con el protagonista en el taller del pintor Elstir, lo que motivará el empuje imaginativo del narrador y, con él, la configuración de la imagen de la amada como plural desde un punto de vista subjetivo:

“Desde que había visto a Albertina, todos los días me hacía mil figuraciones con respecto a ella, mantuve con lo que yo llamaba Albertina todo un coloquio interior.” (1947:619)

No obstante, como destaca Maurois, el amor es incapaz de darnos la dicha, porque

“para que el afecto sea duradero, es imprescindible que el desasosiego vaya unido a la idea de otro ser, lo que se traduce en los celos. (...) La dulzura del amor lleva aparejada, necesaria e ineluctablemente, atroces sufrimientos.” (2005:193)

Ya en franca vinculación con la joven, asistimos a un episodio que recuerda el del beso negado por la madre del narrador en “Combray”, sección de “Por el camino de Swann” -y que tan hondas resonancias habrá de propagar en el resto de la obra-: Albertine se resiste al arrebato pasional del protagonista, lo que provoca una suerte de distanciamiento entre los dos.

A partir de ese instante, otros hechos -la amistad con Saint-Loup, la fascinación ejercida por los altivos Guermantes, la presencia inquietante del barón de Charlus, la muerte de la abuela del narrador y el affaire Dreyfus como telón de fondo- llenarán los días del protagonista y el vacío generado por el rechazo de Albertine, quien regresará en “El mundo de los Guermantes”, cuando visite a Marcel primero en Balbec y luego en París, donde asistiremos a una especie de “escena en

espejo” que replicará lo sucedido en el balneario, pero aquí con un resultado diferente:

“Al fin, ya que no lo he conseguido en Balbec, voy a saber el gusto de la rosa desconocida que son las mejillas de Albertina.” (1947:946)

Sin embargo, con el transcurso del tiempo y la frecuentación de la joven, como consigna Maurois, “entramos en el infierno de Sodoma y Gomorra” (2005:167), sobre todo con el regreso del protagonista a Balbec y el nacimiento de la desconfianza con respecto al pasado misterioso de Albertine -vinculada a ciertas relaciones consideradas prohibidas-, lo que terminará motivando un arranque furioso de celos y de afán de posesión desmesurados, tal como expresa Armiño:

“(…) son los celos los que disparan en la mente del Narrador el placer sádico de obligarla a desgajarse del grupo de personas con las que está y acudir, mansamente, a la conminación de la conciencia torturada de su enamorado. Conciencia movida por el deseo en primera instancia, a la que luego se impone con brutalidad un ejercicio de poder entre la pareja.” (2010:7)

El plan de llevarse a Albertine a París y de casarse con ella se instala en la mente del protagonista -lo confirmaremos en “La prisionera”-, pero Painter nos alerta cuando recuerda que en carta a su amigo De Lauris escribe Proust que

“mediante el matrimonio una muchacha deja de ser una muchacha; uno tan sólo puede poseer una vez a una muchacha.” (1972, II: 186)

Resulta memorable -y fuertemente simbólico- el pasaje en el que el narrador contempla a su amada dormida. El sueño de la joven, que tanto lo inquieta cuando está despierta, llega a proporcionarle cierto alivio, pero como anota sagazmente Maurois,

“las mujeres amadas no duermen todo el tiempo, y la enfermedad no remite durante largas temporadas.” (2005:196)

En París, las recriminaciones a la muchacha se suceden; las pseudo-confesiones y las mentiras también. El coqueteo de Albertine con Saint-Loup motiva una nueva crisis de celos, pero la joven logra dominar la situación, según leemos en “La prisionera”:

“Albertina -mi enfermedad- aflojaba la causa de mis sufrimientos y me entregaba a ella -Albertina-remedio- enternecido como un convaleciente.” (1947:1465)

La vida en común con la muchacha, ampliamente narrada en “La prisionera” -título nuevamente simbólico que puede leerse también en clave masculina, ya que el narrador se convierte, a su vez, en cautivo de la penosa situación que él mismo ha generado-, no hace desaparecer las visiones dolorosas del pasado cercano, por cuanto el mismo protagonista confiesa

que

“al dejar Balbec creí abandonar a Gomorra y arrancarle a Albertina; ¡ay de mí! Gomorra estaba dispersa a los cuatro vientos. (...) Por celos, había regulado a mis expensas ese juego de escondite en que Albertina se me escapaba siempre.”
(1947:1487)

La joven, enclaustrada y al mismo tiempo -¡paradojas del amor!- carcelera del protagonista, va pasando de ciertos momentos de docilidad casi irracional a instancias en las que se sabe verdaderamente inmanejable y dominadora, hasta que la relación entre ambos personajes sufre un abrupto corte, narrado al final de “La prisionera” y confirmado anafóricamente desde el título de la siguiente novela del ciclo: “Albertina ha desaparecido”.

A partir de aquí, el protagonista hará una serie de esfuerzos, a la postre infructuosos, para tenerla nuevamente a su lado -apelando, incluso, a las presuntas artes diplomáticas del mismo Saint-Loup-, cuando una carta de la señora de Bontemps -quien estaba a cargo de Albertine- nos entera de la trágica muerte de la joven, como consecuencia de un accidente de equitación. Paradójicamente, nunca, aunque ya muerta, se presenta más viva su imagen:

“Para que la muerte de Albertina pudiera suprimir mis sufrimientos, se hubiera necesitado que la matara el choque no sólo en Turena, sino en mí. Nunca estuvo más viva.” (1947:1792)

La ilusión de que, según lo expresado en una comunicación anterior de Albertine, la joven tenía serias intenciones de regresar junto al narrador, se derrumba con la llegada de una misiva de Aimé, empleado del hotel de Balbec encargado por el protagonista de llevar adelante las investigaciones ante la inoperancia de Saint-Loup. En ese informe se confirman las relaciones más temidas por el narrador y el verdadero carácter de Albertine. Al respecto, reflexiona dolorosamente Marcel:

“Las dos mayores causas de error en nuestras relaciones con otro ser son tener uno mismo buen corazón o bien querer a ese otro ser.” (1947:1827)

En este momento, el personaje demuestra tener plena conciencia del estado en que se encuentra:

“Tenía que vivir con la idea de la muerte de Albertina y de sus faltas, para que se me hiciesen habituales, es decir, para que pudiese olvidarlas y olvidarla por fin a Albertina.” (1947:1831)

Es aquí, precisamente, cuando vuelve por sus fueros el gran tema proustiano: el tiempo, con

la visión paralela de dos instancias narrativas, de acuerdo a lo expresado en “Albertina ha desaparecido”:

“Y no es solamente con respecto a Swann que Gilberta consumaba poco a poco la obra del olvido; había apresurado en mí esa obra con respecto a Albertina.”
(1947:1869),

aunque se trate solamente un consuelo ineficaz, ya que según las propias palabras del narrador

“La desaparición de mi sufrimiento y de todo lo que me acarreaba, me dejaba disminuido como a menudo la curación de una enfermedad que ocupa un gran lugar en nuestra vida.” (Ídem),

hasta que todo concluya, según las referidas “intermitencias del corazón”, en la más pura indiferencia.

Conclusión

Durante el desarrollo de este trabajo hemos tenido la intención de dejar que el ciclo novelesco “En busca del tiempo perdido” hablara por sí solo, lo que explica una abundancia de citas que, a primera vista, pudiera resultar fatigosa.

Hemos procurado mostrar tres casos ejemplares de los tormentos infernales a los que conduce el sentimiento amoroso según la visión proustiana, lo que Maurois presenta en forma precisa como

“el desarrollo de la dolencia (...) Lo que entonces se observa es la persistencia hasta el fin de los celos, inseparables del amor. (...) Nada apacigua al celoso, porque los celos (...) nacen de la ignorancia de los pensamientos y acciones del ser amado (...)” (2005:195)

En conclusión, consideramos que las circunstancias a las que se enfrentan los personajes referidos constituyen desoladores ejemplos de lo que, en cierta medida, cabe en suerte a la condición humana; se presentan como paradigmas de la visión pesimista del autor: todos los seres humanos buscan la felicidad, todos quieren realizarla en este mundo pero el amor -proyección eminentemente subjetiva, como hemos afirmado- supone desde su nacimiento el signo inevitable de la paulatina degradación, de la ineludible disolución de todo marco inicial, porque también es proyección subjetiva, según Proust, el nacimiento de los celos, contracara infernal del amor.

Bibliografía

- ARMIÑO, Mauro (2010): Prólogo a *Celos*. Madrid: Gadir.
- BARNABÉ, Jean-Philippe (2007): “Marcel Proust, Felisberto Hernández: tiempos perdidos, tierras de la memoria”, en *Proust y Joyce en ámbitos rioplatenses*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación, Linardi y Risso.
- DONOSO, José (1982): *El tiempo perdido*, en *Cuatro para Delfina*. Barcelona: Seix Barral.
- GARCÍA GUAL, Carlos (1995): “Breve presentación”, en *1616. Revista de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, IX. Madrid: SELGYC.
- MAINGUENEAU, Dominique (1999): *Términos claves del análisis del discurso*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- MAUROIS, André (1977): Prefacio a *À la recherche du temps perdu*. Tours: Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade.
- (2005): *En busca de Marcel Proust*. Buenos Aires: Vergara.
- PAINTER, George (1972): *Marcel Proust*. Madrid: Lumen-Alianza.
- PAZ, Octavio (1994): *La llama doble. Amor y erotismo*. Buenos Aires: Seix Barral.
- PROUST, Marcel (1947): *Por el camino de Swann*, en *En busca del tiempo perdido*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- A la sombra de las muchachas en flor*, en *En busca del tiempo perdido*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- El mundo de los Guermantes*, en *En busca del tiempo perdido*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Sodoma y Gomorra*, en *En busca del tiempo perdido*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- La prisionera*, en *En busca del tiempo perdido*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Albertina ha desaparecido*, en *En busca del tiempo perdido*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- El tiempo recobrado*, en *En busca del tiempo perdido*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- (1977): *À la recherche du temps perdu*. Tours: Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade.
- (2010): *Celos*. Madrid: Gadir.
- STEINER, George (2011): “El arte de la crítica. Entrevista con Ronald A. Sharp”, en *Los logócratas*. Barcelona: Debolsillo-Siruela.
- VEGH, Beatriz y BARNABÉ, Jean-Philippe, coord. (2007): *Proust y Joyce en ámbitos rioplatenses*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación, Linardi y Risso.

Páginas web consultadas

<http://medicosespecialistasen.com/diccionario/celos>

http://www.youtube.com/watch?v=AwIzEr_cheQ - FONTAINE, Arturo (1995): “En busca del tiempo perdido”. Santiago de Chile: Conferencia pronunciada en el programa “Academia Imaginaria”, emitido por el Canal de Televisión ARTV el 13/12/95.